

EL ADIÓS DE SARMIENTO *

Ningún hombre de nuestra historia ha sido a la vez tan evidente y tan enigmático; ninguno, tampoco, ha sido tan contradictorio consigo mismo. Releer sus escritos, muchísimos de ellos velados por la sombra de los archivos públicos y familiares, es descubrir otro Sarmiento, solo parecido al que íbamos imaginando al recorrer la inmensa y desigual bibliografía que se ha acumulado con el aporte de varias generaciones. Abrirse a

* El ocho de setiembre de mil novecientos ochenta y ocho, con motivo de la celebración académica del Centenario de Sarmiento, expuse por primera vez una breve versión del presente trabajo. (Véase "El adiós de Sarmiento", en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, julio-diciembre de 1988, n° 209-210, pp. 303-316).

Posteriormente, al reunirse la Academia en la ciudad de San Juan, para honrar al prócer en su tierra natal, pronuncié dos discursos, uno en el acto central y otro en el Valle del Zonda ("Sesiones en la ciudad de San Juan", *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. LIII, pp. 584-585). Estas exposiciones, no leídas, han sido también consideradas en el texto que ofrezco al lector.

esa revelación y penetrar sus extraños contrastes dialécticos es una manera de afrontar, sin simplificaciones, el desafío de Sarmiento. Ese desafío es del escritor, del estadista, del hombre extraño, del racionalista obsesivo y del loco extravagante que se disfrazaba de Rey del Carnaval en los corsos que había oficializado como presidente, y que gritaba y lloraba mientras escribía siempre con ese *pathos* que estremece sus textos aun cuando se trate de un simple decreto o de una carta protocolar. No es solamente un profeta iluminado como piensa Ricardo Rojas ni un hombre de autoridad como afirma Manuel Gálvez, ni un intuitivo que cala en los factores inmanentes de una emancipación no realizada, como sostiene Ezequiel Martínez Estrada. Es todas estas cosas, pero otras muchas más.

La sociedad de su época no pudo armonizar con un hombre así, capaz de la mayor vanidad y de la pobreza franciscana; un provinciano, autodidacto, que abraza a la Argentina como si fuese una hembra indomable, según la antigua prosopopeya de Luis de Miranda, dispuesto a hacerle "un hijo macho". La locura con que se lo descalifica o se lo burla desde sus más tempranos años tiene un fondo verdadero, pero sugiere, sobre todo, la incapacidad de nuestro país para la convivencia con los hombres verdaderamente grandes. Se los exilia, se los silencia, se los mata real o simbólicamente. Todavía avergüenza a la conciencia moral del país el trágico destierro de Juan Bautista Alberdi, el veto que pesó sobre Juan María Gutiérrez después de su rectorado de la Universidad de Buenos Aires, el suicidio de Leopoldo Lugones, exactamente a los cincuenta años de la muerte de Sarmiento, sobre quien escribió uno de sus libros más hermosos y de mayor caladura.

En realidad Lugones, Rojas y Gálvez mezclan con distinta evidencia sus propias biografías y desazones a través de Sarmiento. El caso más significativo de ese infinito de la palabra criolla creado por la voz y la escritura de Sarmiento, muy esencialmente en *Facundo*, es el de Borges. Toda su experiencia, toda esa errancia ferviente en orbe del habla original, toda esa búsqueda por conservar el rasgo argentino, precisamente donde transgrede el silencio del discurso repetitivo, es un don que, conscientemente, arrebató a Sarmiento. La perennidad de sus escritos no se cierra sobre ellos mismos; se dilata con fuerza provocativa. No se agota. Se metaforiza con una inmediatez que tacha el tiempo y dice lo prohibido.

Si a Sarmiento no lo arredraron los juicios de los contemporáneos, mucho menos iba a guiarse por las recompensas del futuro. Era un adolescente cuando desafió la muerte en los combates salvajes de la guerrilla cuyana. De no ser por sus parientes federales de altísimo arraigo en San Juan, hubiese sido sacado de los altos del Cabildo donde estaba prisionero y fusilado o degollado como Laprida. Lo cierto es que cuando se exilia en Chile, San Juan ya no soportaba a ese joven díscolo, revolucionario, cuyas lecturas, extravagancias y personalidad superaban la media común. Después de sus polémicas y los ataques políticos y personales que enardecieron aquel país, debió alejarse y aceptar la misión confiada por Montt, de la que nacieron sus viajes, vívidos y narrados como todos los sucesos de su existencia. Sarmiento a veces es el personaje de una novela, otras de una tragedia, que protagoniza o escribe su experiencia. Una transtextualidad entre la escritura y la sangre que brotaba de ese corazón que fue agrandándo-

se hasta matarlo, es la que irradia a sus obras, sean artículos, biografías, discursos o cartas. Por eso asume con tanto estoicismo lo que Hölderlin llama "los tiempos de penuria". Tampoco su propio país pudo aguantar a Sarmiento ni la sociedad de su época logró absorber en plenitud sus mensajes. Por eso llega a padecer tantos ataques, tantas calumnias, tantos vetos y castigos sin que nunca el miedo se adueñe de su voz. Su sola presencia suscitaba en algunos momentos la querrela que buscaba separarlo de acciones o palabras con las cuales quería engrandecer la Argentina y no entregarla prisionera y rezagada a los tiempos futuros.

El país como una inmensa escuela

Sarmiento vivió intensamente, decidido a no negarse a lo que sentía como una gran verdad: la lucha por domar un espacio dominado por ásperos desiertos en la naturaleza y el hombre, hacer del país una inmensa escuela para que la ignorancia no justifique el fraude y la corrupción de los ideales de la Independencia; sembrar, en definitiva, semillas que fructificarían en siglos venideros, acaso mucho más allá de nosotros.

Supo Sarmiento enfrentar con coraje las vicisitudes de su vida. Ese grande Don Yo, provocaba a todos por mérito de sus dones y, también, por los desplantes de vanidad y osadía que ni aun en el genio se toleran. Conocía su inteligencia y la aprovechaba para aprender y enseñar incesantemente. Algunos silencios prácticos, sugeridos por sus muchos y leales amigos, lo hubiesen salvado de crueles penurias. Pero Sarmiento –como se advierte en sus debates con Rawson en el Senado y,

mucho antes, en la crueldad con que buscó destruir a Alberdi en *Las ciento y una*— para mencionar dos situaciones muy evidentes, no sabe sofocar su instinto de pelea. Por eso era temido y envidiado.

Tal vez en ese rasgo salvaje de su carácter deba encontrarse la explicación de que Sarmiento, en vida, no conociese nunca la popularidad. Necesitaba pasar por las puertas del ostracismo político, alejarse de la contienda ya sin armas ni fieles, para que el país lo descubriese. Las exequias de Sarmiento, ese 21 de setiembre de 1888, fueron así, ante todo, rituales de amor y justificación. Una multitud que nunca se había congregado en Buenos Aires para honrar a nadie, vivo o muerto, acompañó al féretro del gran Viejo. Era el tiempo de su muerte, tantas veces imaginado y dramatizado en su existencia, pero que, ineluctablemente, posee su propia imaginación. La Argentina, que atravesaba por entonces uno de los sacudimientos morales más graves de su historia republicana, despertaba a la grandeza y al ejemplo de Sarmiento. Era así, muerto, el más grande enemigo y el héroe victorioso. Por eso sus funerales tuvieron un luto deslumbrante y también esa dicha de la gloria épica. Las palabras que lo despidieron no son elegíacas. Celebran la gloria del profeta, levantan los hechos y los días de Sarmiento como fuerte símbolo de la República.

En una larga charla con Sarmiento, a quien cultivaba con cariño como discípulo político, le sorprendió a Miguel Cané el conocimiento preciso de la obra de Shakespeare que poseía el autor de *Facundo*. Surgieron entonces otros temas y Cané escuchó sus protestas por la proscripción civil que parecía pesar sobre él. Entonces, con buen humor y precisión, surgió en sus labios la

cita de Shakespeare: *He thinks to much / That men are dangerous*. Los gobiernos mediocres igualan hacia abajo, excluyen pérfidamente el saber o la dignidad de los mejores, los "peligrosos". He ahí, tal vez, la explicación, de que hombres tan extremadamente inteligentes y virtuosos, y tan empeñados en levantar la Argentina a niveles de grandeza, como Alberdi, Martínez Estrada, Rojas y Lugones, hayan sido vetados en la carrera de los honores políticos.

Sarmiento se mostró siempre inflexible a ese lado "peligroso" de su carácter. Si no hubiese existido el consejo insistente y fundado de Aurelia Vélez Sarsfield incitándolo a permanecer en Estados Unidos y no mezclarse en la áspera lucha electoral, no hubiese sido Presidente de la República. Su privación, su lejanía, fue la fundamental razón de su triunfo. Sarmiento tenía una gran astucia pero también una gran inocencia. Ya en el viaje del *Merrimac* mide lo difícil de su misión, en un país empobrecido que va saliendo de una guerra injusta. Se encierra en su camarote, vocifera, habla en voz alta de los "latines" de Vélez Sarsfield, enuncia nombres de colaboradores probables, prorrumpe en frases incomprensibles hasta que los pasajeros apelan al capitán del buque preocupados por ese dislocado griterío. El capitán golpea la puerta y cortésmente le pregunta a Sarmiento si le pasa algo. La puerta vuelve a cerrarse, los pasajeros creen que ese extraño pasajero pasó por un brote de locura. Dos días después, al llegar a la costa brasileña, veinte cañonazos de una fragata saludaban al presidente electo de la República Argentina.

Sus sueños, sus escritos sobre educación y cuanto tema interesase a la patria, se realizaron en mayor medida de lo que Sarmiento creyó. El poder resultó arduo.

Era difícil superar un instinto de separación y reyerta que cruzaba como fuego maligno al país. Sarmiento era federal por instinto y razonamiento; por eso sorprende más verlo confundir los hechos y las cosas con antiguos errores rivadavianos o con utopías generosas pero inaplicables. Sarmiento resultó el más tremendo crítico de su obra. Dos años gobernador de San Juan no eran experiencia suficiente. Sintió una inmensa contrariedad al dejar el gobierno no obstante que lo sucedía el joven Avellaneda, su discípulo amado. Tuvo, sin embargo, grandeza y humor, y empezó a entretejer el sueño irrealizado de una segunda presidencia.

Un nombre en la historia nacional

Avellaneda hizo a Sarmiento su ministro. La ambición no mitigada fue superior a su discernimiento y Sarmiento aceptó. La hostilidad contra él fue creciendo. Llegó una vez más un instante crítico. Con razón o sin ella, supo que dañaba al gobierno de Avellaneda, que se dañaba a sí mismo, que dañaba esencialmente a la República. Fue entonces, en 1879, ya informado por los médicos de una penosa hipertrofia cardíaca, sordo, cansado, con orgullo a pesar de todo, cuando resolvió alejarse y pronunció su despedida. El tiempo no ha mitigado el resplandor heroico de esas palabras:

En este país donde no hay una hora de reposo, en que se cambia de escena diariamente, de teatro, de personajes y de decoraciones, yo he conservado una cosa y es la fe en que digo la verdad y en que soy honrado. Creo que ésta será la última ocasión que

hable delante de una asamblea. Puede decirse que es de ultratumba que lanzo la palabra. Quiero que esta vez los jóvenes que vendrán después de nosotros, los viejos que hemos luchado treinta años, oigan la palabra y crean a un hombre sincero que nunca ha aspirado a nada sino a la gloria de ser en la historia de su país, si puede, un nombre: ser Sarmiento, que valdrá más que ser Presidente por seis años o juez de paz de una aldea.

Esta despedida arraiga muy profundamente en el alma de Sarmiento. Nadie fue ajeno a las resonancias de esa renunciación llena de grandeza. Pocos supieron que entrañaba una despedida más solemne: Sarmiento empezaba a prepararse para la muerte estoica y daba la auténtica razón de todos sus desvelos: la búsqueda de la gloria.

No estaba en la índole de Sarmiento el retirarse de la lucha. Acertó como vidente en la mayoría de sus anuncios sobre el destino político del país, pero no pudo, hombre al fin, descifrar el enigma de la hora de su muerte. De una u otra forma, Sarmiento volvería a la incredulidad. Sus transformaciones eran intelectuales y físicas. Él mismo reconoce esos cambios. José Victoriano Lastarria describe su penosa apariencia en su cuarto del destierro en Santiago de Chile: calvo, vencido, apagado, "con formas casi de gaucho", a los treinta años parece que tuviera sesenta. Pronto, sin embargo, retoma su camino de Damasco y escribe esa crónica, la batalla de Chacabuco, que lo lanza al conocimiento público y a polémicas periodísticas y académicas de donde surge su pronta fama. Entonces se yergue, recupera su natural optimismo, participa en bailes y fiestas de la juventud aristocrática chilena y escribe notas y crónicas seducto-

ras para la mujer. Muchas veces volverá al recuerdo de esos días que iluminaron su vida y le dieron la certidumbre de sus dones.

La existencia es un continuo descubrimiento, una búsqueda incesante del lugar propio en el mundo. Esa peregrinación, que en el común de los seres no pasa de los años de juventud, dura en Sarmiento hasta la hora de su muerte. Su carácter es arisco, con la violencia cerrada de la montaña natal, pero lleno también de ternura y ansiedad amorosa.

Aunque estudia y lee vorazmente, sin que su ansia de aprender tenga límites, no es la suya una mente especulativa. Por eso se resiste a escribir libros y tratados, circunstancia que para Unamuno sustenta la originalidad potente de su obra. En 1878, advirtiendo el desasosiego de Sarmiento en su quehacer político, el presidente Avellaneda se atreve a aconsejarle se dedique a escribir una gran obra, la ampliación y confirmación de *Facundo*. Le recuerda lecturas de Hegel y de autores contemporáneos que emprendieron juntos después de Caseros. Alaba su saber, su templado estilo, para enamorarle de esa tarea. Tal vez de tales consejos surgió años después *Conflicto y armonías de las razas en América* (1888), libro inconcluso, extraño, teóricamente frágil pero lleno, para el lector incisivo, de formidables revelaciones y confesiones del autor. Este frustrado intento de escribir un tratado, no contradice sino que, por el contrario, confirma lo que Sarmiento quiso ser y fue como intelectual de un país hirviente de pasiones y contradicciones donde la inteligencia es una forma del combate: un escritor público. Aunque esa definición de sí mismo fue transcrita parcialmente por Ricardo Rojas en *El profeta de la pampa*, damos aquí la versión total

ateniéndonos al texto que ofrece Augusto Belin Sarmiento en su libro testimonial *Sarmiento anecdótico*. Creo que es una página imprescindible para entender a Sarmiento y dice así:

Hemos desesperado hace tiempo de escribir libros para ese niño inquieto que se llama pueblo y pide cosas ligeras, fáciles y al caso del día. El señor Presidente comprenderá ahora por qué me negaba a escribir y poner en orden, no ya mis recuerdos de provincia, sino la historia anecdótica. Luego el libro es pasto entre nosotros de las oligarquías de la Universidad, y yo estoy hace tiempo divorciado con las oligarquías, las aristocracias, la gente decente a cuyo número y corporación tengo el honor de pertenecer, salvo que no tengo estancia. Soy como Rosas, un desertor de mis filas, y prefiero escribir para "el millón", como dicen los norteamericanos, para la canalla como decimos nosotros, para la Nación y el Pueblo Argentino, como dicen los pillos que tienen tanto de argentino, de pueblo y de nación como mi abuela que era española, noble y colonial. Allá va eso.

En este in promptu, como en tantos de Sarmiento, se vuelca la verdad entera de su corazón. Como presidente y político había estimulado la cultura del libro apasionadamente; escribió hasta su vejez sobre el tema; fundó y estimuló en todo el país bibliotecas populares que hoy subsisten, en cuyos libros empezaron su carrera de autodidactos hombres como Rojas y Lugones. Amó y veneró el libro. Sintió que ensanchaba los horizontes del hombre y fundamentaba su libertad. Pero no creyó que su tarea fuese escribirlos. La urgencia incesante de la vida argentina lo obligaba a seguir en la brega marti-

llando día a día sobre el mismo yunque que estallaba con chispas inapagables y forjaba la historia.

Celebró sincera y generosamente los libros de los otros, sobre todo los de los más jóvenes. Comentó algunos de ellos, pero no tuvo sosiego para escribir los propios. Dejó sin embargo más de veinte mil páginas, casi ninguna estéril, en los cincuenta y dos volúmenes de sus *Obras completas*. Queda otro tanto o más, todavía inédito. Esa inmensa autobiografía es su mayor legado. Nunca encontraremos la frialdad anónima. Sí, los testimonios del país y las revelaciones, a veces trágicas y otras de irrestricto optimismo, que cubren casi todo nuestro siglo XIX. Podrá ser a veces negativo el juicio, pero constituyen un testimonio, a veces el calvario, del más grande luchador intelectual de medio siglo argentino. De nada vale pasar indiferente al lado de la roca. La roca persiste firme sobre la tierra, segura en el tiempo y el espacio. Ese salvaje, ese mestizo que en la vejez se enorgullecía de ser descendiente, por los Mallea, de una princesa huarpe, quiso fundar una civilización con identidad propia aunque recogiese de aquí y de allá los cimientos útiles. Más allá de la muerte, de las polémicas y el tiempo, esa civilización se funda, y no en una medida pequeña, en esa *opera magna* del escritor público.

Esa entrega, sin discontinuidades, a la faena de escribir para el pueblo, es la que sostiene su ánimo durante los últimos años de su vida. Va ahondando también al mismo tiempo, lejos de concesiones banales, hasta el último día de su existencia, el más arduo de los aprendizajes, que es el de sí mismo. Se escruta constantemente, lo sorprenden los azares de su vida, sus intuiciones y riesgos. En una polémica periodística se llamó "el

doctor Faustino"; ya presidente, frente a quienes lo tildaban de autoritario se llamó "Faustino I". Faustino, en verdad, fue su nombre bautismal. Aunque sea tentadora solo dejamos insinuada la posibilidad de que se sintiese, en su vejez sobre todo, estremecido por un estremecimiento fáustico. Era sin duda un temperamento dionisiaco como señala Rojas, y también un poseído de intenso narcisismo, tan ocultado como evidente. Fluía profundamente de su cuerpo y de su espíritu. Podríamos sin desatino atribuirle las reflexiones que Paul Valéry pone en boca de su personaje en Canto II. Nos valemos de la bellísima traducción de Ángel J. Battistessa, que dice así: "Mas yo, narciso amado, sólo me sé curioso/ de mi exclusiva esencia;/ Para mí cualquier otro es un ser misterioso,/ cualquier otro es ausencia". Al mencionar su narcisismo no quiero mostrar a Sarmiento como un hombre complacido ni complaciente consigo mismo. Para mirar sobre el espejo un rostro del que no abominemos primero hay que forjarlo en el rigor de nosotros mismos. El narcisismo de Sarmiento es el revés de la vacuidad, la prueba de su fortaleza, de su continua y rigurosa exigencia, del inconcluso peregrinaje a las fuentes de la Palabra.

Un cuento contado por un loco

Muchas veces el análisis de un hombre tan complejo y de tanta obra, de tanta acción, impone al estudioso separaciones entre el político, el presidente, el periodista, el escritor y otros muchos aspectos fragmentarios. Es difícil, después, reconstruir una figura total. El propio Sarmiento, en su conocido apunte autobiográfico

escrito en un álbum al finalizar su presidencia, sintetizó el asombro que le causaba su figura en el recuerdo libre de unos versos de Hamlet: "Es un cuento contado por un loco/ con grandes aspavientos y gesticulaciones/ y que nada significa...", texto obsesivo de Sarmiento y que ya puso como acápite del capítulo de *Recuerdos de provincia* (1851) titulado "A mis compatriotas solamente". No es un impulso de extravagancia sino una afirmación llena de sinceridad. Sarmiento sabía de la fragilidad frente a lo incognoscible. No fue un enfermo mental, pero algunos de sus actos de más coraje y belleza tienen la marca de lo que los seres pacatos descalifican y proscriben como locura. El revolucionario, el mártir, el innovador, cargan con el mote de "loco". La plena percepción de su idealismo ilimitado se va acentuando con los años y se refleja en sus referencias y asociaciones con *Don Quijote*, el libro que más admiró en su vida.

Este gran vanidoso era capaz también de la humildad genial. Ya lo oímos confesar que su meta iba más allá de las dignidades públicas, que su logro mayor consistía en "ser Sarmiento". No creyó nunca justificado entregar parte de la vida a la conquista de un puesto público si no era por el afán, a veces la ingenua ilusión, de trabajar por el destino mejor de los hombres. Quiere, nada menos, forjar una patria fiel a la Emancipación y a la epopeya del Libertador en cuyas filas tuvo lugar modesto pero ejemplar su propio padre. Quiere una moraca para los vivos y los muertos. Así lo expresa en el párrafo inicial de esa espontánea página autobiográfica que ya hemos mencionado: "Partiendo de la falda de los grandes nevados, he recorrido la tierra y remontado las más altas eminencias de mi patria. Al descender de la

más elevada, me encuentra el viajero sin los haces de los lictores amasando el barro informe con que Dios hizo el mundo, para labrarme tierra y mi última morada". Una y otra vez encontraremos en Sarmiento ese más allá inescrutable, esa frontera a la que tiende sus miradas más profundas y que no es un abismo, sino el lugar donde aspira a sobrevivir sin reposo ni almohada de tierra, palpitando con los avatares de la Argentina, alzando su voz inexhausta a través de los tiempos.

El discurso más habitual sobre Sarmiento, algunas fotos que lo muestran estatuario y de ceño duro, cierta retórica convencional, han hecho más daño a Sarmiento que algunos de sus más ensañados detractores, los cuales, al fin, no han hecho sino destacar errores y aun equivocaciones graves que el propio Sarmiento, en esa incesante y franca confesión de sus escritos, reconoció y explicó. Sarmiento no fue esa persona monumental, estática, que mete miedo a los chicos que se hacen la rabona.

Supo disfrutar la vida en todo lo que esta da. Lo que jamás toleró ni justificó fue el derroche del dinero del pueblo por los dignatarios y mandantes. Ni sus más acérrimos enemigos han negado su austeridad y su honradez. Sus mensajes y discursos los escribió siempre él. Como Presidente tuvo solamente este personal según consta en el presupuesto: un secretario privado, un escribiente, un portero y un ordenanza. Muchos de sus actos protocolares fueron costeados de su propio peculio o con la ayuda de amigos. Entre tremendos problemas y dispuesto a honrar la jerarquía presidencial cuidó hasta la avaricia los gastos del gobierno. En su combate contra el unicato y el gobierno de Juárez Celman esa conducta ejemplar fue un motivo entre muchos otros, pero

no el menos importante, de la adhesión que le brindaron los jóvenes del 80. La integridad del ilustre viejo era una bandera. Abroquelado en su misión sufrió sin dobleces la soledad y la calumnia. Lugones lo llama "un predestinado". Solamente con una rigurosa conciencia del deber y sin metas mezquinas es posible realizar una obra civilizadora como la de Sarmiento, en años de guerra interior y de máxima pobreza. Una vez más la búsqueda de la gloria lo sostiene en esos trances: "Tengo la convicción íntima de que puedo hacer el bien, porque sé en qué consiste. Si tengo sueños de gloria, es la gloria a largo plazo, sin mucho cuidado por la popularidad momentánea".

He recordado su discurso, que él llama "de ultratumba", en el Senado de la Nación, el año 1879. En 1880 hubo intentos de levantar su candidatura presidencial frente a Roca, pero no estaban dadas las condiciones históricas necesarias ni contaba Sarmiento con suficiente sostén popular; en 1886 sus posibilidades eran mayores, pero su figura, levantada sobre todo por los jóvenes, no provocaba la unidad frente al candidato sostenido por Roca, su propio conuñado Juárez Celman. Es entonces cuando resurge con un vigor y una lucidez tremendamente poderosa el antiguo luchador.

Aun menguada su salud, el nuevo combate fue una suerte de renacer. En diciembre de 1886 fundó *El Censor* porque ya no había ningún diario dispuesto a amparar la violencia y la pasión de su pluma. Esta etapa de su vida es la menos documentada. Augusto Belin Sarmiento no pudo recoger los artículos de esos años y aun censuró otros, según surge del cuidadoso cotejo con las fuentes. Eran muy próximos, muy peligrosos y optemos por pensar que el nieto los consideró inconvenientes

para la gloria de su ilustre abuelo, al que tanto amó. Con los años, en un libro amargo, escéptico, acusador, que lleva prólogo de Juan Bautista Alberdi y se titula *Una República muerta*, Augusto Belin Sarmiento concluyó por corroborar y aun acentuar las críticas de Sarmiento en sus artículos de *El Censor* y en sus estudios sobre *Condición del extranjero en América* (1888), reunión incompleta de sus estudios y de su propaganda sobre el tema. Al lector de hoy que sigue en su ilación diacrónica los textos de Sarmiento, le sorprende encontrar, junto a las viejas obsesiones de su programa civilizador, páginas de explícita autocrítica y una sagaz lectura del porvenir.

En 1886, con el previsto triunfo de Juárez Celman, el ostracismo político de Sarmiento fue definitivo. En 1883 había presentado su candidatura a concejal por Buenos Aires y fue derrotado mediante fraude por el boticario alemán Otto Recke, quien así empezó y concluyó su carrera pública, dando nombre a una serie de artículos de Sarmiento llenos de burla y humor sobre "el reckerismo". El episodio fue olvidado, pero no podía ocurrir lo mismo cuando en 1886 sufrió una nueva derrota, esta vez en su provincia natal, donde por voluntad casi unánime se levantó su candidatura a senador. El unicato no podía dar paso a Sarmiento en el Senado. Mediante burda tramoya se declaró vencedor al intendente policial de San Juan, el comisario Agustín Cabeza, que ocupa así unas líneas en la crónica del siglo XIX solamente por haber burlado a Sarmiento su elección. De nada valieron impugnaciones y protestas.

Hacia el futuro, en camino a esa gloria entrevista, Sarmiento escribió durante esa etapa, en la que tanto sufrió como ciudadano, dos libros fundamentales: *Vida*

y escritos del Coronel Francisco J. Muñiz (1885), donde renace su antigua "cultura del desierto" y se manifiesta sin ambigüedades su criollismo, y *Vida de Dominguito* (1886), un *in memoriam* conmovido que cierra su biografía y esconde las lágrimas. A propósito de su duelo por el hijo caído a los veinte años en el sacrificio de Curupaytí, le había escrito a la señora Mann una carta fechada en Nueva York el 13 de setiembre de 1867, en la que le refiere un proyecto de biografía que tardó tanto tiempo en cumplirse. La evocación del hijo es parte suya también. Allí aparece ese anhelo de supervivencia que logra proyectar en una dimensión heroica: "La gloria es eso –confía a su amiga–, vivir por siglos y sobre la mayor extensión posible de tierra".

Se entiende así que, al cotejar su obra con las que veneraba por sus valores universales y al medir su carrera política, sin excluir la presidencia, Sarmiento confiese una sensación de fracaso: "Uno se siente ser algo por comparación y sólo así se puede vivir en este mundo estrecho". Ráfagas dolorosas que sacudía con su optimismo esencial.

Falsificación de la República

Para que el lector pueda calar más hondamente en el sentido profundo del homenaje que el pueblo rinde a Sarmiento en sus exequias, y las implicaciones de muchos de los discursos entonces pronunciados, resulta indispensable considerar su campaña periodística de *El Censor*, la última de su vida. Nadie más apto que Sarmiento, ya libre de cualquier aspiración política, para enfrentar a lo que se llamó el unicato, o sea la reunión

en una misma persona de los poderes del Estado y los del partido gobernante. No era ese sin embargo el centro principal de sus embates. A esa desvirtuación de la República se agregaba el nepotismo hasta el extremo de designar el propio candidato presidencial "por ley de cuñadía". Agregábase que se extendían como una ráfaga enervante. Sarmiento atacaba sin reticencias, en una prosa más nítida que la de Chile y aventuraba vaticinios: sin ser experto en economía calculó casi sin error la desvalorización que sufriría el peso argentino respecto al oro y, también, la caída del gobierno y los que llamaba "jóvenes incondicionales", por la anarquía. Recordemos algunas de sus valientes y doloridas observaciones: "Esta sociedad va en decadencia progresiva; Buenos Aires es una Babel; los extranjeros apenas hablan su idioma"; "Hay perversión en las ideas pero más perversión en materia de gobierno y en la corrupción espantosa que llega hasta los agentes de la administración; el robo es el mejor negocio, sin patente ni castigo"; "Fáltale al gobierno autoridad moral y cooperación honrada de sus servidores"; "Vamos hacia el abismo; son una serie de incondicionales que han tirado a la calle el tesoro nacional; es una falsificación de República, una absorción de todos los poderes, empezando por el Congreso y llegando al último rincón; la atmósfera es sucia y tempestuosa". Uno de los biógrafos extranjeros de Sarmiento, el joven norteamericano Allison Williams Bunkley, discípulo en Berkeley de Américo Castro, se interesó mucho en estos artículos de Sarmiento. Tuve la suerte de tratarlo y de conversar con él en Buenos Aires y en Princeton, en casa de Don Américo. Su conocimiento se hizo más amplio después de haber escrito su inteligente *Vida de Sarmiento* (Princeton, 1952). La pre-

matura muerte de Bunkley frustró el proyecto de escribir sobre esos años de Sarmiento. Para los investigadores y estudiosos hay una guía valiosa en los trabajos precursores del historiador Carlos Heras.

Sarmiento, ese personaje enigmático que se llama a sí mismo "un ente raro", ese peleador altanero y a veces extravagante, gustaba salir a la lucha por puro quijotismo según él también dijera, para exhibir al desnudo a malandrines y ladrones. Sería injusto no aceptar que en esos combates llegó a la injuria y que indudablemente daba escape a un sentimiento de olvido y proscripción injustos. Rojas lo justifica por "el frenesí de la lucha" en la que acometía "para sentirse vivir y para dar a esos follones prueba de juventud". No son sin embargo los momentos de exaltación los que prevalecen en la campaña de *El Censor*. Los revolucionarios de 1890, muchos de ellos lectores de los artículos de Sarmiento en plena juventud, como Aristóbulo del Valle, y Adolfo Saldías, rescatarían lo esencial del mensaje de Sarmiento: el respeto y sacrificio por las instituciones de una República que costó tanta sangre y sacrificios fundar; el imperativo ético sin el cual se diluye en "arenilla dorada", según la conocida expresión de Leandro Alem, toda grandeza exterior.

El esfuerzo intelectual y físico de Sarmiento en 1885 y 1886 parecía haberlo arrasado. En 1886 viaja a Tucumán y a Rosario de la Frontera, pero sus achaques no se mitigan. En 1887 muy temeroso de otro invierno duro en Buenos Aires decide aceptar el consejo que varios años antes le dio su médico el doctor Roberto Lloveras y viaja al que llamó "misterioso Paraguay".

Emprende así, enfermo pero esperanzado, su primera peregrinación al Paraguay. Va, como expresó Rubén

Darío, "a dar sol a sus rosas al Paraguay de fuego". Muchos motivos, razones y sinrazones, le sugieren el alejamiento que, en forma evidente, ratifica su sensación de orfandad, tan penosamente vivida. Rehace una y otra vez con las mujeres de su familia, hija, hermanas, nietas, un contorno edípico que lo sostiene y a la vez lo abruma. Como todo aventurero es un solitario. Nunca consuma plenamente un vínculo amoroso y, mucho menos, el matrimonio. Ya cuando ninguno de ellos está atado por impedimentos sociales o familiares, sueña con unirse a Aurelia Vélez Sarsfield que ya para todo Buenos Aires era más que una esposa. Su muerte interrumpe esa quimera que, de todos modos, fue un sueño imposible que culminó plena y hermosamente con la fiesta de homenaje a Aurelia. Para quien mira de frente la vida de Sarmiento, es el verdadero punto final, su día glorioso, el de más íntima y total felicidad.

Camino del Paraguay

La búsqueda de un clima más benigno no hubiese sido motivo suficiente para llevar a Sarmiento a viajar al Paraguay. Hay, evidentemente, una clara determinación política. Con Juárez Celman, tan ásperamente acusado por Sarmiento, no podía mantener esa mínima convivencia que fue posible con Roca, porque el sanjuanino tenía con él lazos de guerra y amistad que no se quebrantaron. Eso explica que Roca escribiese a mano y con fervor el discurso de inauguración de la estatua de Sarmiento. Con Juárez Celman se sentía separado y de nada valieron mediaciones ni ofrecimientos. No aceptó las dobleces al uso. Su ostracismo era una condena a un

país y a un sistema falsamente republicano que no encontraba sitio para el trabajo de sus grandes hombres afanados en engrandecerlo. Sarmiento no podía, por temperamento y por vocación, recluirse como Mitre para escribir esas grandes obras fundadoras sobre Belgrano y San Martín. Son los temas del momento, sobre todo, las formas teratológicas que en parte va sumiendo la política inmigratoria por falta de leyes y de moral, lo que más lo preocupa y sobre eso sigue trabajando hasta los días próximos a su muerte, durante los cuales concluyó la traducción de las líneas finales de un artículo norteamericano sobre los modos de combatir la corrupción electoral. Leopoldo Lugones, de quien tomo la información, la comenta así en una nota: "Dijérase el epitafio trunco de la democracia, escrito por ese ilustre moribundo".

Más allá de su significado como acto de definitiva ruptura con el *unicato* y su sistema, hay motivos de la sangre en ese lento ritual de ascenso del augusto Paraná, el "sagrado río" de Labardén. Próximo ya a arribar a Asunción, al comienzo del amanecer salió de su camarote del San Martín, se acercó a uno de los marineros que baldeaban la borda y, señalando él hacia tierra como escudriñando entre la bruma le preguntó: "¿Curupayít?". El marinero le contestó afirmativamente y precisando más señaló un lugar y agregó: "Allí mismo estaban las trincheras". Sarmiento se acerca al sitio donde cayó en batalla, a los veinte años, su amado Dominguito, su único hijo varón y en quién cifraba sus esperanzas de perduración. En una América donde tantas veces Ulises busca a Telémaco entre sombras y sangre, Sarmiento peregrina a un sitio de reencuentro obedeciendo a misteriosos mandatos.

Finalmente, y sin que pretenda así descifrar del todo la sutil red que se entreteje en su alma para alejarlo de Buenos Aires, hay también un acto de pudor y de orgullo. No quiere ofrecer el espectáculo de su decadencia física a nadie y mucho menos a Aurelia, cuya hermosura parece acentuarse y hacerse más delicada con los años. Paul Groussac, en el artículo necrológico publicado en *Sud América* (el 14 de setiembre de 1888) acierta de manera visionaria al mirar en los territorios subterráneos del alma de Sarmiento:

Sarmiento ha muerto lejos de su patria. Al modo que el gladiador vencido se velaba el rostro y procuraba ocultarse al público para expirar, parece que él también, desde hace dos o tres años, al sentir doblegada su orgullosa robustez, experimentase como un rubor heroico por la decrepitud ineluctable. Al acercarse la estación crítica de los ancianos, emprendía viajes a los países del sol, allí donde el invierno tropical prodiga tiernas caricias; menos movido acaso por el afán de disputar a la muerte sus horas ya contadas, cuanto por el deseo oscuro de desaparecer entero del seno del pueblo en no sé qué legendaria Asunción, guardando ante la posteridad la actitud militante y el gesto estatuario.

El *San Martín* llega a Asunción el 31 de julio de 1887. Con auténtico fervor el gobierno paraguayo y sobre todo su cancillería prepararon una recepción imponente y entusiasta en la que todos los momentos estaban cuidadosamente armonizados, según gustó hacerlo siempre el ex gobernador y el ex presidente que el Paraguay acogía con su abierto corazón americano. Según crónicas de la época se agolpó una multitud de más de

tres mil personas cuyo entusiasmo fue creciendo. Presidió la ceremonia el presidente Escobar y pronunció un elocuente y sobrio discurso de bienvenida el ministro Segundo Decoud, un humanista de honda cultura con fama en toda Hispanoamérica, que llegó a trabar con el autor de *Facundo* su última y más cariñosa amistad. Una banda militar tocó marchas patrióticas argentinas y paraguayas y una orquesta de gentes populares, en la que sobresalían las antiguas arpas, hizo oír galoperas y otras músicas arraigadas en el folclore guaraní. El presidente, Sarmiento y su comitiva se abrieron paso entre una doble fila de soldados. Sarmiento se sintió muy dichoso.

El venerado huésped se instaló provisoriamente en el Hotel Internacional y allí acudió, a los dos días de su presencia en el Paraguay, una delegación de todos los maestros y alumnos de las escuelas a las que habían llegado inspiraciones sarmientinas. Sarmiento responde conmovido a ese homenaje y, al final, se abre a su intimidad más profunda y formula un pedido que reiterará desde entonces en las disposiciones para sus exequias: "Si dentro de cien años -dice- se descubre una tumba olvidada con un cadáver envuelto en las banderas argentina, paraguaya, chilena y uruguaya, se sabrá por esa cuádruple envoltura que ese cadáver es el de Sarmiento". Pocos meses después, en el último discurso que pronunciaría en su vida, al despedirse de Asunción, reiteró Sarmiento esa voluntad póstuma que nadie imaginó entonces se cumpliría con fidelidad al año siguiente en la misma ciudad. Las cuatro banderas, ya vestido Sarmiento con los atavíos de la muerte, quedaron depositadas sobre el féretro. La bandera argentina fue confeccionada con presteza y fino cuidado con telas

paraguayas: nuevo tributo de amor hacia el muerto eminente, entre los muchos que debemos siempre reconocer a la nación vecina.

Los paraguayos querían bien a Sarmiento. El país tenía un conjunto de hombres sabios, astutos y, además, un grupo de excelentes médicos, algunos argentinos. Todos cuidaron a Sarmiento que, además, contó siempre con la afectuosa y tolerante atención de su hija Faustina y de sus nietos. Sin aparecer nunca en primer plano vigila hasta el menor detalle la vida de Sarmiento un primo hermano de Aurelia Vélez Sarsfield, Santiago Casttat, un personaje novelesco que cumplió celosamente su delicada misión, empezando por no hacerse notar.

En el Paraguay se fueron disipando rápidamente las sombras que los años y los duros afanes proyectaron sobre Sarmiento. Pronto se mudó a las afueras de Asunción. Ocupó cuatro habitaciones de madera, bastante precarias, anexas al hotel de La Cancha Sociedad, situado en el barrio suburbano de la Recoleta, a unas veinticinco cuadras del centro de la ciudad. Estaba situado en la avenida Morra, en la curva de San Miguel. El tranvía a caballo llegaba a sus puertas y disfrutaba así de un marco de ríos y bosques en lugar próximo a Asunción. Sarmiento fue arreglando su modesta residencia y cada día se sintió más dichoso. Pronto se detuvo el melancólico declive. Cesaron la desazón y hasta la enfermedad.

Sarmiento no puede con su genio. En cuanto se siente mejor y sobre todo, estimulado por los más grandes hombres del país hermano, empieza a gestar proyectos, emprende excursiones, vive, en fin, con el andante apasionado de sus mejores años. Invitado a colaborar en *El Independiente* escribe dos series de artículos tituladas "El Paraguay industrial" y "Asunción en marcha", que

suscitan reacciones muy positivas y, en algunos casos, entusiastas. Historiadores y memorialistas paraguayos han investigado cuidadosamente la actividad increíble de Sarmiento en estos meses de 1887, asociándola al renacimiento nacional cuando todavía el país sufría las consecuencias de la guerra contra la Triple Alianza que lo había postrado. No solo escribió Sarmiento. Puso manos a la obra. Aconsejó sobre industrias y plantaciones y, sobre todo, en asuntos de educación. Formuló un proyecto de Biblioteca Nacional y otro de Consejo de Educación. Lo más conmovedor es que en el taller de un carpintero que llegó a ser su gran amigo, hizo construir unos bancos de madera con patas largas para que se clavasen en la tierra y evitasen el gasto de importar otros de patas de hierro inútiles en un país pobre que no podía levantar escuelas costosas.

Nuevamente erguido no sabe detenerse y callar. La conmemoración de un aniversario del discutido doctor Francia lo hace salir a la palestra. Como en Chile y tantas veces en Buenos Aires escribe juicios lapidarios y sin atenuaciones. El ministro Cañete, pariente del doctor Francia, se indigna y lo reta a duelo. Sarmiento, con setenta y seis años a cuestas y probado enemigo del duelo, acepta por orgullo, para no pasar por cobarde. Pero el gobierno interviene y desde luego el lance no se realiza. Suele omitirse un detalle caballeresco que es justo destacar: cuando Sarmiento muere, Cañete es senador y se adhiere sin reticencia a los honores que el Paraguay rinde a ese viejo que causó sus iras un año antes y cuya grandeza acabó por comprender.

Ríos, bosques, cielo. De la noche al alba

Pese a su abierta sociabilidad y a sus andanzas, la

vida en esos meses de 1887, tan breves y de tantas satisfacciones humanas, era serena y se colmaba con largas horas contemplativas. En los predios de La Cancha Sociedad había un hipódromo, y de ahí proviene su nombre. También se celebran bailes y representaciones teatrales a las que a veces se asoma Sarmiento con verdadera alegría personal y del público, que solía saludarlo y agasajarlo con esa fineza innata del paraguayo. Su verdadero escenario, sin embargo, eran los ríos, los bosques, el cielo. Su nieto Augusto Belin Sarmiento escribe, con vibración romántica, una de sus páginas más conmovedoras en el "post facio" de *El joven Sarmiento*.

Sarmiento era un aventurero, un hombre de acción. Así surgen sus escenas andinas, su *Poema del agua dulce*, sus páginas bellísimas sobre el océano en el *Diario del Merrimac*. Este es el hombre que se revela en la remembranza del nieto:

El año que precedió al de su muerte fue Sarmiento a buscar días luminosos en el portentoso Paraguay. Encontró además las noches más sublimes que pudieran exaltar un alma apasionada. La noche en estos parajes se corona de astros rutilantes. Brillan las constelaciones dejando entrever en las profundidades otros y otros sistemas centelleantes y carbunclos al infinito. El horizonte abovedado ostenta en profusión fosforescencias de diversos colores. El aire puro no contiene movimiento ni ruido, pero cae del esplendor celeste un murmurio intraducible que se diría producido por la palpitación de las luces... Abuelo y nieto pasaban, de la noche al alba, contemplando en silencio. Nuestra posición nos ocultaba los accidentes del paisaje terrenal, perdiéndose en las sombras habita-

ciones, arboledas, colinas, y la misma cinta plateada del río soberano. Sólo se imponía el inconmensurable escenario de los astros.

A veces el Viejo rompía el profundo silencio y le proponía, hombre de teatro al fin, situar, sobre el escenario del cielo bordeado de estrellas, las escenas más sublimes de nuestra humanidad. Con pasión de maestro miraba el desfile de sucesos grandiosos en cuyo marco Sarmiento había buscado siempre realizar sus propias hazañas. Alguna vez, sus compatriotas las contemplarían, engrandeciéndose espiritualmente, en su mirada hacia lo alto. Así llegaba el amanecer y Sarmiento retomaba con fervor su diaria faena.

Su alegría mayor ese año de 1887 fue que los paraguayos, en recompensa al cariño sin límites de Sarmiento, le obsequiaron un terreno magnífico muy próximo a sus instalaciones en los cuartos de La Cancha Sociedad. Comenzó entonces el sueño de construir casa propia para pasar los años últimos que entonces y con pleno optimismo no pensaba serían pocos, en esa tierra y en ese pueblo que lo quería como hijo. Nacido en un valle rodeado de travesías y tierras ásperas, curtido por las intemperies del desierto, Sarmiento sentía la dicha pujante de los grandes ríos, de la selva, del mundo indígena antiquísimo del Paraguay. Siempre trabajó la tierra, el "barro informe" como repite tantas veces. Escribir era también para él, sin metáforas, echar semillas al viento. Nunca, aun en sus mayores desasosiegos, perdió el don de la juventud, revelado hasta en la misma ingenuidad que descubren muchos de sus actos.

Esa lectura de los astros, esa incesante contemplación de las estrellas y las constelaciones, ensanchó siem-

pre, desde niño, el alma de Sarmiento. En tales dimensiones cabe situar su abnegación, su sacrificio, su búsqueda del "escondido reyno" que ya se le revelara a Martín del Barco Centenera en su *Argentina* (1602). Quien no se atenga solamente al curso rutinario de la secularidad para medir la indómita pasión, el estoicismo y los dones poéticos de Sarmiento, deberá remontarse hacia ese olvidado coloquio del Viejo con su nieto y discípulo.

Sarmiento nunca había levantado casa propia. La de la calle Cuyo (hoy Sarmiento) al mil doscientos la adquirió con ahorros cuidadosos de los que dejó, como en todo lo que concierne a los bienes terrenales, muy cuidadosa escritura. Su pobreza llegó a ser, en ocasiones, el mejor ejemplo, el máximo legado, frente a la concupiscencia enervante desatada hacia el final del 80. Viejo, va a levantar su morada. Empieza por cuidar el predio. Sus cartas de entonces, que no ahorran pesares y melancolías, dejan prevalecer sus proyectos optimistas. Así le escribe a su hermana Procesa: "Verdades que achaques quiere la vejez, pero con el cambio de clima, cambio no sólo de atmósfera sino de preocupaciones y de afectos..." Elogia la fulgurante naturaleza tan lozana y pintoresca, el tibio clima. El enamorado de los árboles y las flores, el antiguo sembrador, se manifiesta una vez más: "Tendré que ocuparme de plantíos decorativos y esto hará restablecer mi antigua vida de ejercicios..." Levanta un cerco, se hace mandar esas varas de mimbre que llevó a San Juan como único trofeo después de su primer destierro, los mismos que plantó antes en Carapachay y en cuanto sitio resultaba propicio para su cultivo. Un vecino, ganado por el entusiasmo del viejo luchador, le cedió de por vida el disfrute del terreno

contiguo a la casa futura. Tendría así por un lado el horizonte chaqueño y el Paraná y por otro altos árboles que parecían formar un bosque. Cuando partió a Buenos Aires después de tan intensos y dichosos meses, llevaba todos los motivos del regreso.

Buenos Aires ya había dejado de atraerle. El clima que lo recibe es áspero, desapacible. En octubre de 1887 le escribe a Pepe Posse, su más intenso amigo y uno de los corresponsales más asiduos, contándole que empezaba a revivir "después de una rodada que di al llegar, cayendo en día de tempestad y tiempo horrible como en un pantano, después de haber pasado días tan luminosos física y moralmente en el Paraguay. Apenas he salido a caminar un poco, tan postrado estoy de cuerpo y espíritu". Después le anuncia su conocida resolución: "Pienso volver al Paraguay los inviernos. Me estoy haciendo una casita allí que será de hierro si me convienen los planos que me presentaron al respecto". Ese sería el famoso 'chalé isotérmico' cuyo origen no está precisado. Su primer biógrafo, el chileno Guillermo Guerra, dice en 1901 que Sarmiento dirigió en el Paraguay "la instalación de una casita isotérmica que había encargado a los Estados Unidos..." En 1911, diez años después, Lugones se refiere en su *Historia de Sarmiento* a las campañas para fundar la Biblioteca Nacional y establecer nuevas escuelas en Asunción y concluye: "La misma casa que se llevó consigo, el chalé belga de fierro, constituía un experimento de importancia regional pues se trataba de una construcción de las llamadas isotérmicas".

La ética de un estoico

Durante la morosa lectura de los artículos publicados

por Sarmiento en sus últimos años en la prensa de Buenos Aires, no encontré referencias más detalladas sobre el tema. Lo importante es que esa casa cobijó las últimas quimeras de este patriota que tantas obras construyó para su país y no pudo concluir la casa paraguaya ni vivir un solo día en ella. Todo un símbolo, porque una parte fundamental de la gloria de Sarmiento fue haber pasado por las dignidades más altas de la República, haber sido gobernador de su provincia, embajador en Estados Unidos, senador, presidente y tantas otras cosas y vivir austeramente y sin riquezas.

La tierra de su tumba en la Recoleta fue una donación del ciudadano José M. Muñoz, que Sarmiento agradeció públicamente. El 10 de setiembre de 1888, según ha documentado el escrupuloso historiador José Rodríguez Alcalá, debió firmar Sarmiento una hipoteca por quinientos pesos paraguayos para pagar deudas contraídas durante su enfermedad. Esa escritura que solventaron sin bullicio sus amigos de Asunción, extendida ante el notario Gerónimo Pereyra, se conserva como un título, y no el menos importante, que ratifica su estrictísima honradez. El severo patrón ético de Sarmiento surgía, según Martínez Estrada, de su frecuentación de los estoicos, y más expresamente de la *Apología de Sócrates*. Destaquemos un texto que señala la intertextualidad entre Martínez Estrada y Sarmiento y que el autor de *Radiografía de la Pampa* incluye, a manera de oración, en el epílogo de *¿Qué es esto?* (1956): "Cuando mis hijos sean mayores, os suplico los hostiguéis, los atormentéis, como yo os he atormentado a vosotros, si veis que prefieren las riquezas a la virtud y que se creen algo cuando no son nada..."

Según expresiones del nieto Augusto Belín Sarmien-

to, el abuelo repetía que su pobreza era un legado voluntario. Poco antes de asumir su presidencia Sarmiento le confiaba a un amigo: "Un jefe de Estado debe ser como Milchisidec, sin padre, sin madre, sin genealogía y no han de existir ni intereses privados ni creencias personales capaces de supeditar los intereses generales del país".

El joven Aristóbulo del Valle, uno de los sostenedores más entusiastas de la candidatura de Sarmiento frente a Juárez Celman, señaló públicamente el contraste de la austeridad sarmientina frente a las especulaciones venales y la ansiedad de lujo que inficionaba al país. La respuesta del sanjuanino, transcrita por algunos de sus biógrafos y omitida por otros, debe ser destacada sobre todo para los lectores que han penetrado menos en la realidad y en el enigma de este grande hombre. "Son virtudes de mi época –le expresa a Del Valle– y no tengo mérito alguno en haberlas seguido. El desprendimiento estoico fue el rasgo de los patriotas que nos precedieron y ni aun en nuestros primitivos caudillos y tiranos fue la codicia la pasión que más ennegreció sus actos. Eran crueles y duros y pobres como espartanos. Cuando a Rosas no se le ocurrió robar en su gobierno, ¿cómo se me habría de ocurrir a mí?".

Sarmiento no debió esperar a la muerte para que se reconocieran sus quilates morales. La juventud, los representantes más esclarecidos de las nuevas generaciones que llegaban a la vida argentina, rodearon con su calor y su fiel amistad a Sarmiento. Ricardo Rojas, en su magnífico y precursor discurso en la Universidad de La Plata, en el centenario del nacimiento del prócer, así lo destacó. Rojas precisó entonces que a partir del cumpleaños de Sarmiento, en febrero de 1875, cuando una

delegación juvenil concurrió a su casa para homenajearlo, fue en crecimiento, ante la hostilidad o la indiferencia de sus contemporáneos, la adhesión de los que habían nacido después de la Independencia o de la instauración de las instituciones republicanas.

Aníbal Ponce trazó una estampa muy vívida, estremecida a momentos por intenso lirismo, de *La vejez de Sarmiento* (1927). Se trata de páginas muy conmovedoras que, en algunos aspectos, retomó Luis Franco. Lamentablemente, el estado de los estudios sobre Sarmiento que cobrarían gran impulso con la obra de Alberto Palcos y otros desvelados historiadores de Sarmiento, después de 1930, llevó a Aníbal Ponce a omitir a Adolfo Saldías. A medida que transcurría el tiempo Saldías concluyó por ser el amigo más fiel de Sarmiento, el seguidor de su propaganda argentinista y republicana y su corresponsal asiduo. Tristemente las cartas de Sarmiento a Saldías han tenido suerte aciaga. De muchas de ellas solamente quedan fragmentos; lo más valioso ha sido vilmente robado porque quién sabe qué sórdidos motivos, entre los que no cabe excluir la saña ideológica que veta y persigue la opinión ajena con rencor salvaje. Merced al aviso generoso del historiador Luis C. Alen Lascano he tenido acceso a una valiosa monografía escrita por una descendiente de Saldías, Leonor Gorostiaga Saldías, sobre la amistad de Domingo F. Sarmiento y Adolfo Saldías, cuyo texto en este caso me parece prudente señalar para quienes anhelan conocer un tema de vivo interés. La monografía a la cual aludo apareció en la revista *Páginas de historia* (1972, nº 7, pp. 29-40).

Saldías, nacido en 1850, era casi cuarenta años más joven que Sarmiento. Muy pronto con el trato asiduo se

salvó ese abismo cronológico. Cuando Sarmiento fue nombrado Director de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, llevó como secretario a Saldías, quien lo acompañó en la tarea ciclópea de renovación y fundación que va desde 1875 a 1878. Esa amistad fue creciendo y acentuándose con el tiempo. Sin las cartas intercambiadas entre Sarmiento y Saldías sería hoy imposible llegar a conocer algunos aspectos de profundo interés humano de los últimos años del maestro.

Fue muy diversa, muy intensa la actividad de este viejo que parecía inderrotable, durante sus breves y últimos días.

El testimonio de García Mérou

La primera crónica de esos poco menos de cuatro meses, la trazó Martín García Mérou, poeta y crítico muy agudo del ochenta, que entonces, a sus veintiséis años, era ya Ministro Consejero en la embajada argentina del Paraguay. Al día siguiente del sepelio de Sarmiento, el 22 de setiembre de 1888, todos los diarios de Buenos Aires se sumaron para publicar la crónica del suceso y una diversa y rica información sobre el prócer. Este número tamaño sábana de *La Prensa Argentina*, titulado *Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento*, estuvo a cargo de una comisión formada por Bartolomé Mitre y Vedia, Alberto Blanca y Daniel Escalada; se imprimió en *La Nación*, y tuvo una tirada de cien mil ejemplares que pronto se agotaron. Preciso estas informaciones porque el homenaje del periodismo argentino al "escritor público" más vigoroso de nuestra historia, es una fuente indispensable para su conocimiento, y

porque en él apareció el relato de García Mérou titulado "Los últimos años de Sarmiento". Rápidamente el escritor ordenó los apuntes que fue tomando en Asunción. Allí frecuentó a Sarmiento y tuvo con él delicadas atenciones. Una ampliación más cuidada de aquellas notas fue hecha por García Mérou en sus *Confidencias literarias* (Buenos Aires, Imp. Argos, 1894, pp. 186-199). El texto detalla algunos momentos últimos de Sarmiento, su agonía y su muerte. García Mérou dio testimonio de algunos motivos que se fueron concitando para la despedida del prócer, con tales honras que ni él mismo hubiese soñado en su ansia desesperada de inmortalidad. Martín García Mérou escribió después tres capítulos de una biografía de Sarmiento que dejó sin concluir y que, pensamos, debía cerrarse con el relato de *Confidencias literarias*. Por gestión de un eminente estudioso de Sarmiento, Fernando Márquez Miranda, los originales en poder de las hijas de García Mérou fueron publicados por la Comisión Nacional de Homenaje, presidida por el historiador Ricardo Levene, en el cincuentenario de la muerte del estadista (1938, t. I, pp. 458-487). Este libro fragmentario es una prueba más del afecto y de la admiración de García Mérou hacia Sarmiento.

La amistad de Saldías, la pasión de Aurelia

Ya otra vez huésped de las modestas instalaciones de La Cancha Sociedad, retorna a su vida robinsoniana, a las actividades junto a la naturaleza que lo hacían revivir sus días eglógicos de Carapachay. Vuelve a la tierra, a los sembrados, y bajo un palio de soles ardientes y de

altísimas estrellas, olvida lamentaciones, siente rebrotar la esperanza. En el predio que el pueblo de Asunción le había regalado se yergue esbelta su casa. Sarmiento cuida, con ese arte increíble de administrador que puso en su vida y en sus actos de gobierno, los detalles últimos de la obra. Algunos descendientes de paraguayos y correntinos que lo ayudaron en los trabajos han conservado esquelas y anotaciones, donde no falta ni el reto ni el humor, escritas en aquellos días. La acción lo tonifica. Deja de pensar en tumbas y epitafios. Espera con creciente ansiedad la visita de Aurelia, prometida en Buenos Aires. Ese anhelo suena en su alma como bronce sonoro. Es un desposeído que, muy tarde, descubre su bien más precioso.

Nuevamente es Adolfo Saldías el depositario de las confidencias de Sarmiento. Ya no hay en sus palabras ni quejas ni tonos lúgubres ni lastimoso temblor. Sarmiento asciende con majestad esos últimos escalones de su existencia. Le confía a Saldías que va recuperándose su salud "bajo clima tan genial, viendo levantarse su casita de hierro elegante a la sombra de árboles seculares, con un horizonte espléndido en que veo el Chaco y el río Paraguay como charcos de plata bruñida, levantándome de madrugada por hallar corto el día para tanto quehacer, desvelado de noche ideando cómo allanar una dificultad con algún expediente que me echa necesariamente en otras dificultades; duplicada mi acción, vivo y siento la gloria de vivir en una especie de apéndice a la vida ya concluida en el país de *là-bas*, y de la política, de que estoy sustraído".

Ya la nave parece carenada. En esos confines renace el enamorado, el Príncipe Charmant que prepara una orgía, una fiesta en medio de ríos y florestas salvajes,

donde está convidada la fauna de los antiguos dioses. "Pudiera decir que soy feliz –escribe Sarmiento– con una felicidad compuesta de pequeños goces, improvisar una casa, reunir arbolillos y flores y hacer ejercicios. Cuánto siento que no esté usted aquí para la inauguración. Habrá fuegos artificiales, luces de Bengala, lamparitas de cáscara de naranja a uso del país para iluminar fachadas como la de San Pedro en Roma. Lo que no he podido reunir ni encontrar son titiriteros, fantoches, para hacer memorable aquella noche de orgía, por el gasto y el brillo de las luces. Tengo para ello mis secretos sanjuaninos y europeos".

El último gran empeño literario de Sarmiento no se explicaría sin Aurelia Vélez Sarsfield y Adolfo Saldías. Sarmiento estaba interesado desde los años de su Presidencia, durante la cual contó con la ayuda y el consejo de su ministro Vélez Sarsfield, por la traducción en prosa de la *Eneida*. El jurista cordobés ya le habló de ella en 1846 cuando Sarmiento lo visitó en Montevideo. Casi apartado de obligaciones políticas, Aurelia le pudo dar el texto de la traducción. La revisaron juntos cuidadosamente. Entretanto, Adolfo Saldías se ocupaba de la traducción versificada de Varela. El libro, que apareció el mismo año de la muerte, fue una verdadera metáfora vital y un signo de amistad imperecedero. Esta es su portada: *La "Eneida" en la República Argentina*, traducción de los señores Dalmacio Vélez Sarsfield y Juan Cruz Varela, con una reseña sobre ellos por Domingo Faustino Sarmiento y Adolfo Saldías (Buenos Aires, F. Lajouane, 1888, 395 ps.).

Desborda al propósito de estas páginas que procuran penetrar en el sentido último de la apoteosis póstuma de Sarmiento, detallar los muchos aspectos de esa gran

amistad. Saldías cuidó la gloria de su amigo. Compartió lo que llamó "su pensamiento" regenerador. Fue fiel a sus enseñanzas y procuró extender a su propio tiempo los ideales que se concretan, después de una extensa y a veces sobresaltada lucha por la patria, en los escritos y mensajes de *El Censor*. Saldías veló sin sosiego la trascendencia de Sarmiento. Se ocupó extensamente de su persona y de su obra en casi todos sus libros y en muchos discursos y artículos. Fue uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical; defendió la causa republicana en *El Liberal*, que sufrió clausura. No le resultó fácil asumir un liderazgo tan erizado de incomprensión y peligro como el de Sarmiento. Supo ser fiel a la genialidad ética que Sarmiento expresaba e imponía, muchas veces con grave sobresalto de tantos intereses adversos a la Argentina.

Sarmiento solía visitar a Saldías en la hermosa quinta que su joven amigo tenía en Belgrano. Allí intercambiaban noticias y charlaban largas horas sobre todo de libros. Sarmiento celebró el primer libro de Saldías (*Ensayo sobre la historia de la Constitución Argentina*, 1878) que tantas ideas suyas recogía. En sus obras históricas, aparecidas después de la muerte de Sarmiento, Saldías fue fiel a su consejo ecuánime de no tomar como estricta verdad histórica las afirmaciones surgidas de una tremenda y agitada lucha.

Las anotaciones precedentes me parecen fundamentales para explicar por qué motivos Sarmiento abrió su corazón a un hombre del que lo separaban tantos años. Omito cartas anteriores y llego a una de septiembre de 1887, muy citada por los biógrafos de Sarmiento. Resulta imposible omitirla si se quiere medir la trascendencia y hasta las notas de humor que Sarmiento expre-

sa al hablar de la muerte. Enamorado de los mitos clásicos y de las grandes epopeyas greco latinas, un virgiliano le dice al oído del otro tan lleno de juventud:

Y ahora, en el último tercio de mi vida remonto esta red de ríos majestuosos que han descendido con silencio inútil por los siglos de los siglos, y oigo el vivificador murmullo de las ruedas del vapor o el silbato que anuncia su arribo a un pueblo naciente, siento que no esté vivo el viejo Vélez para pedirle breve epitafio para mi tumba, único terreno que poseeré y que quisiera dejar cultivado. Los rostros del Foro y Mercurio echando su caduceo entre dos víboras para separarlos a guisa de arbitraje, no estarían mal como emblema, si los clásicos griegos y latinos tuvieran como yo el a, b, c del silabario como *Ilíada*, *Odisea* y *Eneida*. Mi epitafio diría como resumen de mis deseos: *Una América toda/ asilo/ de los dioses todos/ con lengua, tierra y río/ libres para todos.*

No siempre Sarmiento le habla a su amigo de la muerte que intuye próxima. Hay también cartas de radiante optimismo, como las que da a conocer en *Civilia*. En la fechada el 28 de julio de 1887, le pide que lo visite "con su dama", para volverse después cargado de "emociones plácidas y de imágenes como paisajes de abanicos antiguos". En esta carta se refiere con alegría a la buena acogida de sus proyectos para crear una Biblioteca Nacional y expresa una satisfacción cargada de plenitud vital sobre el clima paraguayo. "Es delicioso", le confía. Su prosa deja escapar, como tantas veces que habla de la naturaleza, un intenso lirismo: "... los naranjos en flor ostentan dos cosechas y los duraznos floridos se confunden a veces con el lapacho".

Sarmiento regresa a Buenos Aires. Ya he recordado su apenado mensaje a Pepe Posse. En enero de 1888 le confía a su amigo Saldías una zozobra más intensa: "Siento que me flaquean las fuerzas, que el cuerpo es débil y que debo emprender otro viajecito luego. Pero estoy preparado precisamente porque se necesita poco equipaje; con lo encapillado sobra..." Esta carta fue publicada por primera vez en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (1899, t. III, p. 489), once años después que Sarmiento muriese. Suelen omitirse los párrafos siguientes al anterior, donde hay afirmaciones de interés. Después de aludir al "viajecito", afirma que lleva "el último pasaporte porque está escrito en todas las lenguas: servir a la humanidad". Se refiere luego a su dura misión republicana: "Había vendas de ignorancia y de barbarie en el pueblo y traté de arrancarlas; oí el ruido en torno mío; ruido de cadenas que no estaban rotas y me junté a quienes forcejeaban para arrancarlas". Como en otras ocasiones, y más cuando se siente imbuido de una misión quijotesca, pluma y espada son referentes que se unifican, pues nunca abandona el combate: "Hoy trato de reunir muchos egoísmos –expresa al joven amigo–, muchos dialectos, en una sola masa homogénea: el pueblo, y pudiera ser que un misil me alcance y tenga que dejar caer de la mano la espada que, como lo ha visto, es la pluma que usted empuña".

El genio es siempre una privación, un duelo, una herejía o una ambición de eternidad. Sarmiento cuida ya no su tarea, que siente va concluyendo, sino también la de quienes reciben su mensaje. Por eso no silencia un consejo frente a la venalidad que ya también llegaba por entonces al terreno periodístico que había sido desde la Independencia combate duro pero hidalgo. "Guár-

dela del orín del negocio –le aconseja Sarmiento–, suprimiendo o avanzando ideas según sopla el viento..."

El pensamiento de su muerte y de su destino póstumo deja ya de atenacearlo. Trata de proseguir gallardamente su existencia, no se doblega y nunca acepta que es tarde para empresas como la que expone a Adolfo Saldías. Padece por esa desposesión que impone el existir. No se trata de cosas terrenales sino de sueños que el combate incesante no le dejó realizar y sacuden su templanza.

¿Tendrá ya tiempo? Escruta el horizonte, interroga a los brujos de su tribu y solo ve unas sombras y un ardiente fuego.

Sus vigiliias en el verano de Buenos Aires no le dan sosiego. Pero el viejo halcón sabe perturbar la noche. Su búsqueda, entregado ya casi todo su tiempo, es una quimera de amor. La casa, para la que ahora encarga materiales con detallismo obsesivo, es el sitio del encuentro con Aurelia. El Príncipe Encantador sale a la búsqueda de la Dama Dormida en el Bosque. Cómo volver a recoger racimos dorados, cómo volver por un instante a ser joven. Ansía que no sea demasiado tarde y se prepara a partir... Mientras tanto, como ocurrió con los momentos cruciales de su vida, ya había escenificado su muerte. En su casa de Buenos Aires crecía una hiedra destinada a su tumba; dos veces había pedido en Asunción que las cuatro banderas –de su patria y de los países hermanos más caros a su alma, Chile, Paraguay y Uruguay– cubrieran su ataúd; tenía ya su "lotecito", como decía con humor, en la Recoleta. Pero su anhelo de vida acababa por triunfar. No se iba a ir del mundo sin darle guerra a la muerte.

El 23 de mayo de 1888 se embarcó nuevamente hacia

Asunción. Lo acompañaban su única hija, Ana Faustina; su nieta María Luisa, enferma del pecho y a quien también le era propicio el clima paraguayo. También iba el primo de Aurelia, Santiago Canstatt. Más tarde viajó Julio Belin con su hijita Faustina. Y a bordo del Cosmos, calló durante un largo rato y después, mirando a la ciudad, expresó: "Será Buenos Aires, como tantas veces lo he dicho, la ciudad Reina del Sud, pero yo no estaré para ver realizados mis pronósticos". Volviéndose a su nieto Augusto Belin, le confió en voz baja: "No paso de este año, hijo; me voy a morir". No es ese el tono de una despedida a su altura. Sacudió su ánimo y, ya riéndose, agregó: "Ah, si me hicieran Presidente, les daría el chasco de vivir diez años más". Cuando ya el buque levaba anclas y quienes lo despedían estaban en la rada, Sarmiento alzó la frente, desarrugó el ceño, y confirmó su vaticinio: *¡Morituri te salutam!*. Otra vez la leyenda, los recuerdos clásicos, el mito. Era su adiós al país amado que ya no vería más.

Mientras el Cosmos asciende por el Paraná, va recuperando su buen ánimo y mejoran sus bronquios. Siente que todavía es pronto para morir. El río y la selva templarán su ancianidad. Por fin va a vivir exclusivamente para sí mismo. No se siente ya una reliquia aguardando crespones; aparta el cáliz; sueña a veces que avanza en el tropel de las caballerías gauchas; vuelve a encender fogatas y a leer las Escrituras con el Padre Oro en tierras salvajes; mientras desteje el hilo de esos laberintos, la luz, bruñida en el aire, le promete vida nueva.

Se ha difundido muchas veces la imagen de un Sarmiento hierático, ceñudo o de ademanes estatuarios. En las fotografías y retratos más difundidos no asoma una sonrisa siquiera. Esa es una máscara parcial. Hay otro

Sarmiento alegre, fiestero, bromista, nada cejijunto. En San Juan, en San Francisco del Monte y en Chile comparte los festejos populares, aprende los bailes criollos. Es conocida su pasión por el teatro, su gusto por las grandes ceremonias. Durante su presidencia introdujo los corsos de carnaval y lucía orgulloso la medalla de estaño con una caricatura en la que aparece, esta vez sí, con una amplia risa y bonete. La medalla que lo proclamaba Emperador de las Máscaras fue regalada por sus vecinos del Delta que formaron la comparsa Habitantes de Carapachay. Leopoldo Lugones reprodujo en el colofón de su libro el anverso de esa medalla burlesca. La imagen subraya el amor de Sarmiento por la risa, olvidada por muchos biógrafos posteriores.

"La alegría y la risa –comenta Lugones–, son para él valores sociales, pues entiende con evidencia griega el goce rejuvenecedor de la libertad, las fiestas populares figuran en sus programas de gobierno; regocíjale su propia caricatura en el periódico y en la máscara. Hormiguea en ello la robusta sensualidad de la risa rabelesiana y a la vez una ingenua cosquilla rústica de fauno que ríe de su propia fealdad en la fuente".

En julio de 1888 se enciende otra vez la primavera para el Viejo Sarmiento que las nuevas generaciones veían ya como prócer y símbolo de la República. Nunca pareció disgustarlo el mote de sátiro que servía para imputarle aventuras y conquistas. Ahora volvía a su mundo mítico; sentía en sus venas la palpitación de la antigua familia de los dioses. Era sileno el que soñaba esa fiesta de amor, esa orgía dionisíaca. Acierta Ricardo Rojas al imaginar que "así buscaba comunicarse mejor con los dioses de la tierra". Se sintió Odiseo en Chile; uno de los argonautas cuando se embarcó en Valparaíso

para incorporarse al ejército de Urquiza; Sísifo cuando peleaba por fundar instituciones y elevar hasta sus sueños la Argentina. En esos días de 1888 es un dios joven el que espera a su amada Aurelia Vélez Sarsfield.

Sarmiento conoció a Aurelia el año 1846, cuando pasó por Montevideo en su viaje a Europa, en casa del jurista cordobés Dalmacio Vélez Sarsfield. Nunca se borró su imagen en Sarmiento. Con el correr de los años sus vidas se encaminaron por senderos distintos. Aurelia se casó con un hermano del doctor Ortiz, el que fuera asesinado con Facundo en Barranca Yaco. El matrimonio no fue dichoso y se separaron. Sarmiento llegó a la presidencia separado de Benita, la madre de Dominguito. Debió guardar en celado secreto su amor por Aurelia aunque inevitablemente fue un secreto a voces. Después de la presidencia de Sarmiento y la muerte de Vélez Sarsfield, Buenos Aires aceptó esa relación y aun la rodeó de respeto y hasta de un aura romántica.

Durante la campaña electoral precedente a la presidencia de Sarmiento, Aurelia fue la mensajera y la colaboradora de más confianza del sanjuanino, entonces embajador ante los Estados Unidos. Durante 1867 y 1868 el nombre de Aurelia es una clave, un verdadero centro de la partida ajedrecística sutil jugada para su elección. El nombre de Aurelia figura en casi todas las cartas políticas de entonces. Aurelia es sagaz y cuenta con la ayuda inapreciable de su propio padre. Sabe juzgar a los hombres y sabe escuchar. Intuye que la presencia de Sarmiento en Buenos Aires sería un colapso para sus ambiciones. Por el apasionado temperamento del personaje, rompería el delicado equilibrio que lo sostenía. Tenía grandes enemigos y no contaba con popularidad en una ciudad que lo desconocía. Con su formidable

prestigio intelectual prometía la conciliación después de tantas guerras, el progreso, convertir la Argentina en una inmensa escuela. Esas banderas agitadas de lejos mueven su campaña fundada sobre todo en los artículos incesantes, sagaces, nítidos, que leía y discutía Buenos Aires entero. El corazón de Sarmiento al emprender su regreso, sin la notificación oficial, pero seguro del triunfo, desborda de agradecimiento. Aurelia es el centro de esas emociones reflejadas en las hermosas páginas del *Diario del Merrimac*. A ella se las dedica y a ella se refiere, sin nombrarla, con un amor recóndito.

Aurelia siguió viviendo con su padre; Sarmiento, solo. Se ven en la casa o en la quinta de Vélez Sarsfield. También se escriben. Queda así la certidumbre de ese inmenso amor que cubrió la vida de Aurelia y Sarmiento durante más de veinte años. Para Sarmiento la casa paraguaya era secretamente el hogar que como hombre soñó siempre y la fiesta con Aurelia una auténtica boda. Así surge de la carta que le escribe en julio 1888, en la que le ruega que viaje entre oleadas de pasión y presagios de amante. Las copias de esta carta se conocen porque Sarmiento lo quiso. No lleva nombre de la destinataria; Augusto Belin Sarmiento se limita a decir que fue dirigida "a una de las hermosas damas de aquellos tiempos". El viaje de Aurelia a Asunción y la presencia de los representantes más esclarecidos del gobierno y la sociedad paraguaya y de los residentes argentinos en la recepción fantástica que le ofrece Sarmiento a su llegada, señalan al nombre de lo que fue para todos el más sublime de sus amores.

La carta que mencionamos comienza indecisamente. Habla primero el hombre que en Buenos Aires ya no podía esconder sus achaques y acude a la mujer como

fuente de cuidados y ternuras. Pronto se borra la imagen de la madre edípica y surge el enamorado romántico, el Príncipe Charmant, que ruega la visita de la Bella Durmiente y le promete una fiesta inolvidable, la misma de la que habla en sus confidencias a Saldías, que no necesitaba saber el nombre de la dama. La ilusión más grande de este hombre, que fue en el fondo un gran solitario durante la mayor parte de su vida, quedó en esa carta copiada con pulso seguro y en la que dice:

Qui beaulté eut trop plus qu'humaine.

Mais où sont les neiges d'antan? [François Villon,
"Ballade des dames du temps jadis"]

He debido mucho del pequeño éxito de mi vida, dados sus desapacibles comienzos, al don precioso de saber acordarme, o recordar en tiempo, lo que me impresionó un día. Este fue mi talento.

Díjome Ud., que vendría de buena gana al Paraguay; creílo con placer aunque no fuese más que como las promesas de las madres, o de los que cuidan enfermos, de decir que sí, cuando alguna vislumbre de alegría pasa por sus cabezas. ¿Por qué no estimar aquellas piadosas y socorridas mentiras que hacen surgir un mundo de ilusiones y alientan al que hartamente sabe que nada hay de real en los sonidos, sino es la armonía, unas veces, o bien lo suave de la lisonja, que consiste en hacer creer que somos dignos de tanta molestia? Bien me dijo de venir. Venga pues, al Paraguay. ¿Qué falta le hacen treinta días para consagrarle seis a un dolor reumático, cinco a la jaqueca, algunos a algún negocio útil y muchos momentos a contemplar que la vida puede ser mejor? Venga, juntemos nuestros desencantos para ver sonriendo pasar la vida, con su látigo cuando castiga, con sus laureles cuando premia. ¿Qué? Es de reírsele en las barbas.

Precisamente por aquí, se celebran grandes fiestas, a pretexto de la bendición de un palacio fantástico (que era su casita rústica) en verdad para conmemorar la reunión del Príncipe Charmant con la Belle au Bois Dormant, que se buscaban y se perseguían años luengos hasta que al fin en un bosque umbrío que adornó la morada de Lady Lynch, encontróla, bella, como era su deber y su costumbre innata, pero con la cabeza ya pintando hebras de plata. Del Príncipe no le digo nada. Persiguiendo sin descanso al través de la vida aquella sombra fugitiva, impalpable y sin embargo, bella como es la *felicidad*, ha venido por esos mundos de Dios, por valles y montes, hiriéndose contra los obstáculos, avanzando por entre breñas y matorrales, y dejando aquí y allá señales de su pasaje; ha venido, decía, avanzando, agrandándose a la altura de los obstáculos, pero avanzando siempre y tomando como un galardón las frutas maduras que encontraba a su paso, o embriagándose con el perfume de las flores, deleitado por el canto de las avecillas que curan del dolor de una espina que se nos clava. Al fin de la persecución, que amenazaba ser eterna, sorprendiendo *dormant*, como es la tradición, a mi *Belle*, y aunque el vulgo racional diría *trop tard*, al ver lo que le queda al exterior del que se llamó *Charmant*, pudiera todavía poner la mano sobre su corazón y decir: *lá...* ¿Hay nada más irracional que la razón de los que no sienten o nunca supieron sentir? Venga, pues, a la fiesta. Grande espectáculo: ríos espléndidos y lagos de plata bruñida, bosques como el de Fontainebleau que Ud. conoce; iluminación a giorno, el Chaco incendiado, títeres como en todas partes y música, bullicio, animación. Venga, que no sabe lo que se pierde del *Príncipe Charmant...*

No hay metáforas ocultas en la carta del Príncipe

Charmant cuyo corazón bate fuerte todavía, agrandado por la lucha y la pasión, a sus setenta y siete años. Aurelia acabó por ceder y por pensar también que no era *trop tard*, en el giro con que Sarmiento velaba el *demasiado tarde* al que se resistía. Acudía pues a la cita postergada y perseguida "desde años luengos" en el mismo sitio de los amores de Lady Lynch como dice Sarmiento.

Aurelia dejó lejos esa prudencia a la que parecía acostumbrada. La Belle au Bois Dormant viajó a Asunción. Cede a esa ventura real y alucinante que es la vida toda de Sarmiento. Viaja con su hermano Constantino y con su sobrina Manuela Vélez Sarsfield (después señora de Paz) a la que Sarmiento regala un ejemplar de *Facundo* de la edición de 1851 con una cariñosa dedicatoria que fue la última de su vida. Aurelia llega en el buque Olimpo. Sarmiento había viajado dos meses antes en el Cosmos. Nombres románticos de los buques del siglo diecinueve que alucinaban y excitaban a Sarmiento en la apasionada mitificación de su vida. No, no se veía próximo al río oscuro sino a los mares de plata cuyo fulgor resplandece en las alegorías de los conquistadores. A orillas del Paraná, Aurelia y Sarmiento reviven antiquísimas fiestas deificadas en las playas de mares remotos. Sarmiento, en el hálito que sopla en la escritura de su carta, consigue que las huellas de ese amor tan interdicto y definitivo de su existencia, no se borren en las arenas.

No hubo desgarraduras en el abrazo de la despedida, cuando Aurelia regresa a Buenos Aires. Sarmiento siguió trabajando alegremente en los últimos detalles de su morada de Asunción. No pudo ser inaugurada durante la visita de Aurelia porque faltaban algunos trabajos

y, sobre todo, porque no brotaba el agua. Cerca del Paraná caudaloso el suelo de arena escondía muy profundamente el agua dulce. Los poceros paraguayos y correntinos cavaban hondo en distintos lugares. El Viejo Sarmiento, en una muestra más de su ingeniosa voluntad, acudió a nuevos métodos que creyó de tanta importancia que los comunicó en un *memorandum* a su amigo el ministro Decoud. Sarmiento guía sin reposo esa búsqueda del tesoro escondido. El agua surge después de duro empeño el 4 de setiembre de 1888. Los borbollones de agua clarísima lo exaltan hasta el paroxismo. Esa fuente inexhausta es el símbolo de que sus premoniciones se han cumplido. Mira el agua a través de sus signos arcaicos: la regeneración, la vida. Sarmiento hace izar las banderas argentina y paraguaya; bate palmas; prorrumpe en grandes risas y en hurras de festejo; convida a los poceros con sidra sanjuanina y cerveza paraguaya; hace lanzar cohetes luminosos cuando comienza el atardecer. Su alegría lo deja sin palabras en presencia del agua nueva.

El manantial abierto no fue, como creyó Sarmiento, un anuncio dichoso. No supo leer los signos trágicos de ese dulce afloramiento. De pronto se sintió sobresaltado, tembloroso y cayó abatido. Jadeante y sin palabras fue llevado a su casa. Comenzó su agonía. La noche, alta, inmemorial se hizo dueña del cielo. A las dos y trece del 11 de setiembre de 1888 cesó su pulso.

Todo el Paraguay se dio cita para honrar al grande hombre que ya querían como hijo. Sarmiento caía en la misma tierra donde Dominguito pereció en combate. Las honras fueron las de un jefe de estado, las de un héroe de epopeya. El féretro llegó al puerto de Asunción por calles en las que se había volcado todo el

pueblo. El ministro Decoud, que lo recibió a su llegada de 1887, fue quien lo despidió en nombre del gobierno: En la embarcación Alto Paraná fue embarcado el féretro que salía al encuentro del San Martín que lo traería a Buenos Aires.

Pronto el telégrafo, las gentes, el viento mismo, llevan la tremenda noticia: ¡Sarmiento ha muerto! Una gran pesadumbre se apodera de las almas. En el trayecto de más de una semana por el Paraná se va forjando la más grande apoteosis conocida hasta entonces por la República que Sarmiento contribuyó a forjar. En todos los puertos se celebraron ceremonias de imborrable recordación. El ejemplar de *La Prensa Argentina* que hemos mencionado las narra con detalle. No solo se asoman a los puertos las autoridades; gentes del pueblo, en las que hay indios y negros, bordean el río. Los niños bienamados por el gran Viejo van con sus guardapolvos a decirle adiós. El río se cubre de guirnaldas, de coronas, de flores silvestres. Está llegando la primavera. El féretro de Sarmiento arriba al puerto de Buenos Aires el 21 de setiembre. El río está embravecido. Las delegaciones del periodismo de Buenos Aires y de la comisión popular de homenaje no pueden traspasar al barco donde viene Sarmiento por la furiosa marejada. Todos los pasos se cumplen según un ceremonial riguroso. La lluvia arrecia por momentos y otras veces se apaga como si acompañase los ritmos profundos del alma tormentosa del héroe. El viento Sud golpea a ese hombre que aparece ante sus conciudadanos como una roca de los Andes. Nunca pudo soñar Sarmiento, ni aun en los momentos en que más estremecidamente combate por su gloria, los funerales con que fue honrado. Más de cien mil personas se congregaron en el puerto, en la Plaza de

Mayo, a lo largo de la calle Florida. Desde los balcones y las aceras, pese a la lluvia por momentos muy fría, se iba abriendo paso ese féretro envuelto por las cuatro banderas hermanas y de flores que cubrían el ataúd y el camino de su paso.

En la plaza San Martín esperaba a Sarmiento el homenaje que más vivamente hubiese tocado su corazón: diez mil niños y sus maestros vistiendo sus guardapolvos blancos y desafiando la inclemencia, le arrojaban flores y entonaban la canción patria.

En el puerto hablaron Eduardo Wilde en nombre del gobierno, Carlos Pellegrini en nombre del Senado y Wenceslao Escalante en representación de la Cámara de Diputados. Una carroza de ocho caballos negros conducía el ataúd. Seguían el coche del presidente Juárez Celman y de algunos de sus ministros. Cadetes del Colegio Militar y de la Escuela Naval rendían honores al que fue su fundador. Grandes honras militares acompañaban el desfile hasta la Recoleta. El hijo de un soldado de Chacabuco, al que llamaron los sanjuaninos "sarmiento patria" fue un heredero y un forjador de la Revolución Americana. La gloria del soldado y del patriarca se erguía enhiesta. En la Recoleta pasó Sarmiento bajo una inmensa guirnalda de flores. Entre el viento que hacía volar los crespones, bajo las luces encendidas de toda la ciudad bajo mantos de tela negra, iba concluyendo el último viaje de Sarmiento. En la Recoleta se pronunciaron las otras oraciones fúnebres. Se publicaron por primera vez en *La Prensa Argentina* y al año siguiente las reimprimió el Consejo Nacional de Educación con el cuidado de la Asociación de la Prensa (Imprenta M. Biedma, 1889, 140 ps.)

Durante su existencia Sarmiento no tuvo, ni

lejanamente, un homenaje como el que se le tributó en sus exequias ni escuchó encomios como los pronunciados en la inhumación de su cuerpo. Pero también en esto acertaron sus vaticinios. En sus soliloquios a bordo del Merrimac, ya Presidente electo de la República, tuvo Sarmiento el presentimiento de su reconocimiento póstumo: "¡Y vive Dios! Si siento a mis espaldas el apoyo del pueblo, si esta brisa favorable no cambia el rumbo, he de justificar a mi país, a mis amigos y a los que me aman. Haré que tengan razón y que no muera sin que otra falange de amigos, de entusiastas, me acompañe al sepulcro".

Ese 21 de setiembre se cumplían los augurios de este varón que no había arado sobre el mar. Sus palabras fueron algo más que palabras. Por eso renacen en su escritura sin ser holladas jamás. El sentimiento que expresó la Argentina ese 21 de setiembre de 1888 no era elegíaco. Los de Sarmiento fueron funerales de esa verdadera gloria tan intensamente invocada durante su vida: "... ciencia difícil de comprender porque no se explican sus principios; arte durísima de practicar, porque impone privaciones, dolores, martirios sublimes que todos soportarían si supieran claramente que ella conduce a vivir siglos en despecho de la muerte".

Desde joven la búsqueda de Sarmiento fue la gloria, a la que llama "la más noble, la más grande y la más útil pasión humana". Ese combate, esa locura, esa desesperada esperanza estremeció sus días. Era un hijo de la Joven Argentina y un antiguo, un iluminista y un romántico y también un hombre de los tiempos futuros. Era ese varón censurable por fallas extremadamente humanas en las que tantas veces el orgullo se entremezcla con el sacrificio, el que recibe Bartolomé Mitre en su

Ad Gloriam.

No lleva su firma porque es innecesaria. Es un patriota que saluda a otro compatriota al que a veces enfrentó durante la lucha común y con el que ya se había dado cita en los espacios de la memoria argentina:

Llega tendido en su féretro y dijérase que viene más pujante que nunca, de tal modo brota la brisa a su paso, se agitan las mentes, latén apresurados los corazones. Llega vencido y dijérase que vuelve como otrora con el laurel de Caseros en la enhiesta mano o dispuesto el pecho a ceñir la banda del primer magistrado, tal es la pompa con que sale a recibirlo inmensa gente, entre músicas y palmas. Todo un triunfo en la muerte, más grande que los de la vida, como que es la resultante de éstos, acalladas las pasiones por la voz de la justicia y disipadas las sombras por la voz de la gloria. Sarmiento idea puede más en la tumba que en el mundo.

No cabe en el caso de Sarmiento hablar de atemporalidad. No es la suya una existencia que pueda mirarse cortada en un ayer remoto. A solas con el tiempo no se hunde en el olvido. Aunque se inscriban en una totalidad, sus hazañas; entre las que cuentan privilegiadamente sus libros y sus escritos fundadores, de *Facundo* hasta *Condición del extranjero en América*, esas miles de páginas manuscritas que se reúnen solo parcialmente en los cincuenta y dos volúmenes de sus *Obras completas*, no constituyen una culminación dialéctica. Sarmiento ofrece siempre ejemplos que concretan hallazgos nuevos. Las ráfagas de amor y odio que lo cruzaron en vida continúan provocando sus respuestas después de sus días. Es un irreductible contem-

poráneo. La vida de Sarmiento no es una progresión lineal sino un acto provocativo, fundador, inesperado. La existencia de ese hombre que en la vejez se comparaba con un profeta huarpe encarnó un combate irresuelto entre la civilización y la barbarie. Su existencia es así principio y continuidad, zarza ardiente.

La persistencia batalladora de Sarmiento corroe el tiempo. El cuerpo silencioso que se acogía a la tierra acompañado por su pueblo aquel 21 de setiembre de 1888, señalaba un infinito. Amparado silenciosamente por su heroísmo, por su honestidad genial, por la extraña belleza americana de su obra y su idioma, Sarmiento es un instrumento de liberación aun para aquellos que, tal vez sin saberlo, repiten los ecos de antiguas batallas. Su perennidad no se funda en un examen de culpas, de las que, por otra parte, nunca se creyó absuelto. Sarmiento es una iluminación, una dura respuesta a interrogantes que agitan el ser argentino y a preguntas estremecedoras como aquella última de *Conflicto y armonías de las razas*: "¿Argentinos? ¿Desde cuándo y hasta dónde? Bueno es darse cuenta de ello".

Sarmiento es una llama ardiente, una victoria. Quien hizo del día y de la noche días para las vigiliás que se interrumpieron hace un siglo, murió para no morir. Así lo sintieron los compatriotas que lo despedían el 21 de setiembre de 1888 y escuchaban los discursos pronunciados no como parte de un protocolo sino como un acto de irrefutable justicia. Se abría así un diálogo hacia el futuro en el que alienta como un numen el fervor argentino de Sarmiento. Quien nunca buscó la paz sobrevive en el combate de su palabra y de sus fundaciones. Altiava se yergue la verdadera gloria con la que afronta su diálogo con los siglos. Las semillas sembra-

das por Sarmiento no se desvanecen en la desmemoria. Así se lo siente en esa despedida que testimonia el luto de un pueblo que, con pena y orgullo, daba fe de la grandeza de Sarmiento.

Antonio Pagés Larraya